

ARTICULO LITERARIO

-¿pues cómo nos íbamos a apañar?; los padres y las hijas en la alcoba y los hijos en la cocina. Si eran muchos, como en mi caso, procurabas hacerte con el mejor sitio antes de que llegaran los demás. Lo malo era cuando te hacías novio y llegabas un poco tarde, ya sabías que te habían quitado el sitio y si encima llegabas calao no te quiero contar. Porque claro, entre las calles como estaban de charcos y la poca luz que había después de calarte en la ventana hablando con la novia ibas y metías el pie en el charco más grande; oías el agua, porque el charco no se veía, y entonces saltabas al otro que estaba un poco más allá. Luego llegabas a la casa y abrías despacio para no despertar a los vecinos y siempre había alguien que había echado hasta la última vuelta...

-...y como entonces las cerraduras eran tan silenciosas...

-...pues eso, a cada vuelta despertabas a un vecino. Pero bueno, terminabas y enfilabas por el zaguán a tientas, llegabas hasta la escalera y subías los peldaños con cuidado que no crugiera la madera, hasta que llegabas a la galería y entonces estaba el peligro de las baldosas que se movían. Total que cuando llegabas a la alcobilla que habían comprado con mucho trabajo tus padres el año antes para que los chicos tuvieran

más independencia ya te habían llamado para recordarte la hora que era y a la que te tenías que levantar, que casi siempre era antes de amanecer. Había muchos inconvenientes, pero también había más respeto...

-lo que había era temor...

-llámalo como quieras, pero a los mayores se les hablaba de



usted y no te quiero decir nada si tenía algunos estudios...

-nos ha fastidiado, es que si no lo hacías te podía caer algo más que unas palabras, ¿cuántas veces has contado como se enseñaban antes las cosas?

-pues hombre, me acuerdo del maestro que me enseñó a mí las cuatro reglas básicas; porque entonces estudiaba el que tenía dinero el resto a los ocho años,

como mucho, ya estaba, trabajando. ¡Cuántas tortas daría ese hombre al día!; recuerdo que tenía una mesa con un borde tachonado, con esas tachuelas de cabeza gorda, te ponía al lado y te preguntaba, cada vez que fallaba palmetazo o con la cabeza contra la mesa; ¡imagínate como te equivocarás en una suma o una multiplicación!. Eso, si no te cogía de las orejas y se ponía a tirar de ellas hasta que te ocurría lo que a mi primo, que se las desprendió. Ahora yo creo que ni le regañan a los chicos...

-porque las letras entran estudiando, no con la sangre...

Arenas y el cauce del Cigüela reseco y envuelto en polvo por el tractor que está arando su ribera nos hace callar. Sólo un poco más adelante, cuando tomamos las primeras curvas de los Ojos del Guadiana volvemos a hablar del pasado y del presente:

-me acuerdo cuando se veía desde aquí el verdor del río. ¡Qué agua más limpia!...

-...yo también me acuerdo... pero ya no queda ningún argumento bueno para decir que no es mejor que ayer; ...tan sólo dos corazones llenos de tristeza por la pérdida de algo irremplazable.

ANDRES J. MORENO